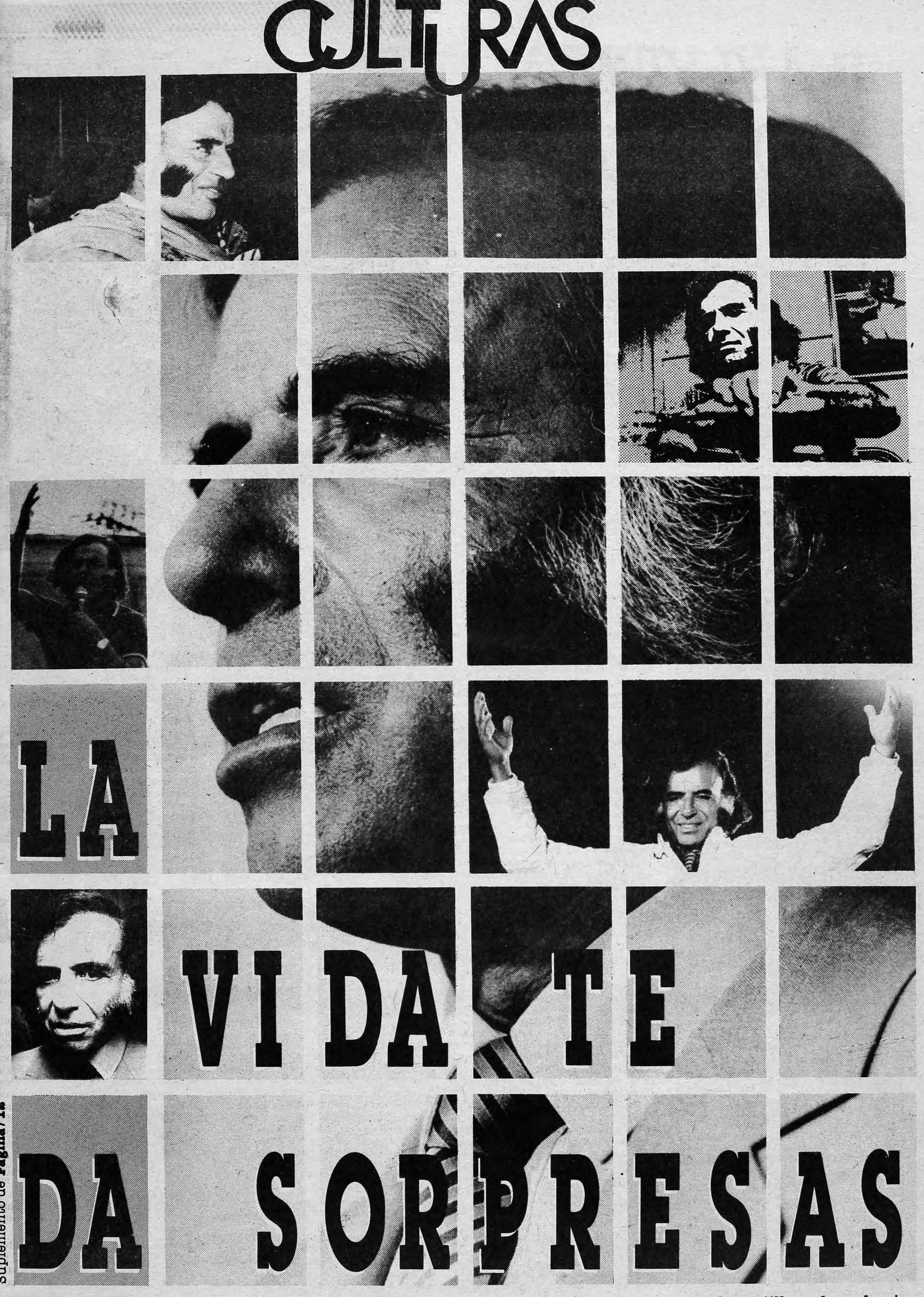
CULTURAS



LA VIDA TE DA SORPRESAS

Suplemento de Página/12

El domingo pasado —a esta misma hora— millones de argentinos se preguntaban qué había pasado el día anterior: una elección interna —prolija, democrática— había desbaratado el mapa político nacional. Algunos se rasgaban las vestiduras, otros se horrorizaban frente al fenómeno y no faltaban quienes se sumaban alegremente a la caravana conducida por un hombre de patillas abundantes. Los esclarecidos enmudecieron con sus pronósticos arrasados por la realidad. La fractura social estaba clara. Desde entonces, muchos intentan obtener la sustancia que permita la soldadura. Pero para lograrlo, antes hay que desmenuzar el fenómeno por todos sus costados. Lo que sigue es sólo un intento.

AHI VIENEN LOS FACHOS

Por Christian Buchrucker

Hace un par de meses le decía a un grupo de estudiantes norteamericanos que el estilo de nuestra vida política era más "cálido", más "emocional" que el de su país, cosa que además es coherente con las características generales de la cultura latinoamericana si se la compara con la anglosajona. La reciente interna peronista es uno de los tantos ejemplos que se podrían citar.

Del lado menemista vinieron acusaciones sobre "oscuros pactos" entre Cafiero y la "socialdemocracia", quedando involucrado en dicho rótulo el partido gobernante y centros como Nueva York, París y Frankfurt. Esto de denunciar pactos nunca documentados tiene una larga pero poco edificante trayectoria en nuestra historia.

Después aparece el tema de la ruptura del peronismo, la cual se suponía probable como consecuencia del despecho del derrotado en las urnas. Una decisión de este tipo sin duda habría colmado el anhelo más ferviente de conservadores y radicales. Pero hasta ahora no existen indicios de que Cafiero tenga la intención —y menos aún la capacidad— de hacerles tan precioso como inmerecido regalo.

Vayamos al flamante candidato presidencial. De él se oye decir que fuera de su carisma personal no tiene nada: ni ideas ni programa. De existir el mismo, según otros supercríticos, sería un temible proyecto corporativista. Y peor aún, "fascista". No faltan tampoco algunos trasnochados que reclaman una "verticalización" de todos los peronistas bajo Menem. Es curioso, pero en 1983 el reparo más frecuente que se hacía a la figura de Luder era que carecía de carisma, don que al menos en ese entonces se le reconoció al doctor Alfonsín. Ahora resulta que en Menem esto sería un defecto. ¿En qué quedamos? Se dirá: "Es que eso no es suficiente". Y ahí sí estamos totalmente de acuerdo. No lo es. La plataforma para las elecciones de 1989 es una tarea aún pendiente y quizá es mejor que surja así, por un proceso concertado después de la interna y no como un documento inapelable que el candidato trae preparado por su exclusivo círculo de asesores.

¿Y las ideas básicas? Están en el libro *Argentina: Ahora o Nunca.* Este no es el lugar para un análisis pormenorizado del mismo, pero desde ya se puede afirmar que las huellas de un supuesto fascismo brillan por su ausencia. Allí se habla de "democracia social", "revolución en democracia", "liberación" y "un nuevo pacto federal". Más allá de algunos matices diferenciadores no se advierten discrepancias de fondo con el mensaje doctrinario del cafierismo.

En cuanto al cuco del corporativismo, sería ingenuo pensar que no iba ser reflotado, incluso con una victoria de Cafiero. Desde hace más de una década, el neoconservadorismo, que representa a corporaciones oligopólicas ya establecidas y fuertes, se dedica a denunciar aisladamente la acción de otras organizaciones que —mal o bien— procuran defender los intereses de los asalariados. Las tensiones reales de nuestro tiempo no se dan entre el mítico "mercado libre y moderno" aparentemente enfrentado con el malévolo "estado corporativo", sino entre diversas agrupaciones intermedias de la sociedad, las que pugnan por controlar la producción y distribución del poder político, económico y cultural.

¿Qué deja en claro entonces esta interna del peronismo?: 1) Uno de los objetivos básicos de la renovación era darles transparencia a los títulos de legitimidad de los dirigentes. La elección del candidato presidencial por el voto directo, sin fraude ni violencia, es por eso un logro importante. 2) Más allá de estilos y preferencias personales, el triunfador representó mejor que su contrincante a una gran parte del país, que es una Argentina marginada, acosada y justamente exasperada, la cual engloba no sólo al Norte y Oeste tradicionales, sino también a numerosos sectores de la pampa húmeda. 3) Cierta polémica antisindical practicada por el cafierismo ya no tiene en 1988 el eco que tuvo en el pasado reciente. El hombre de la calle tiene otros problemas que no son las 62 Organizaciones ni Lorenzo Miguel sino los tarifazos, los bajos salarios, el desempleo, el estancamiento de las economías regionales, el peso de la deuda externa, etcétera.

¿Podrá el peronismo conducido por Menem presentar una propuesta convocante y a la vez realizable no sólo ante sus seguidores fieles sino también frente a otros sectores del electorado que no tienen lealtades partidarias permanentes y cuyo vuelco decidirá la elección presidencial? Todavía es prematuro lanzar conjeturas al respecto. Pero no cabe duda que desde setiembre del año pasado tiende a crecer la posibilidad de que el 1989 argentino muestre similitudes con el 1985 peruano, cuando la mayoría encumbró a Alan García porque el experimento de Belaúnde Terry —una resignada democracia política sobre la base de un ineficaz capitalismo dependiente— evidenció un costo humano intolerable. ¿Estará el peronismo a la altura de tal desafío? Cada día es menos posible eludir ese reto. Porque como ha dicho Atilio Borón no hace mucho: "Las frágiles democracias latinoamericanas sólo podrán sobrevivir si es que tienen la audacia y el valor suficientes como para promover un ambicioso programa de reforma social que modifique sustancialmente el funcionamiento del capitalismo periférico".

Frágiles carismas

Por Rodolfo Mattarollo

La democracia es también la aspiración a más democracia, por eso la vuelta al estado de derecho alentó procesos como la renovación dentro del peronismo, que ahora permite, por los bizarros caminos de la historia, que los que se le oponían —la patota sindical— renazcan otra vez de sus cenizas. Son irrisorios, claro, los temores socialdemócratas de quienes sienten que con el triunfo de Menem "vencen los bárbaros, los gauchos vencen" y se ven como Laprida, perseguido por las montoneras de Aldao, en ese texto escolar que fue en un tiempo un poema, por supuesto, de Borges.

Pero lo que parece evidente, dada la magnitud del desastre nacional, es la fragilidad de los carismas; la estrella de Alfonsín brilló con luz cada vez más tenue menos de cuatro años; la de Cafiero, apenas nueve meses. Ante la falta de soluciones, lo ilusorio adquiere una importancia decisiva para mantener la dominación de "los de arriba" y la hondura del fracaso puede medirse por el rápido desgaste de sus líderes.

El gran esfuerzo ideológico del alfonsinismo —ayudado por los "filósofos"— fue oscurecer los intereses concretos detrás de su política. Pero el Estado democrático siempre expresó no sólo intereses de clase, sino también las dificultades que encontraban: las resistencias de los oprimidos, y a veces sus victorias, como lo mostró el primer gobierno peronista, cuya incorporación de los derechos sociales es constitutiva de una larga marcha hacia la democracia plena.

Menem no planteó, más allá de la participación electoral, una lógica en el interés de las grandes mayorías, con esa aspiración hoy difundida en todas partes, al este y al oeste, hacia la participación real de la gente en la gestión de los asuntos, a través de formas de democracia directa y semidirecta, junto a las del gobierno de los representantes. En este sentido ser progresista hoy en la Argentina es no sólo preparar el gran día de la fiesta electoral, sino construir la democracia de la vida cotidiana, paulatinamente, desde abajo hacia arriba y en todos los sectores y prácticas sociales.

No para que por fin haya una izquierda en la Argentina y estas provincias definitivamente se modernicen, como quieren los "filósofos", sino porque si no se logra dar respuesta a las dramáticas necesidades colectivas, la crisis se seguirá profundizando hasta acabar con todo vestigio de democracia.



LA LOGICA

Por Ernest

Más allá de las perspectivas y de las preferencias personales, las causas que se esgrimen para explicar la victoria de Menem son bastante coincidentes.

En primer lugar puede entendérsela como un resurgimiento de la sociedad civil frente a una clase política reciente que tendía a constituirse excluyendo y despreciando demasiados elementos de la cultura política del peronismo. En esta perspectiva, Menem aparece como el menos político de los políticos (rallies, patillas, humildad, sencillez, etc.) y por ello gana.

En segundo lugar, modos divergentes de interpretar el 6 de setiembre. Cafiero entendió que fue un voto contra Alfonsín. Menem que lo fue a favor del peronismo. A través del primer análisis bastaba colocarse como partido del orden y la sensatez para obtener el triunfo; a través del segundo, había que explicitar nuevamente contenidos tradicionales, y los términos "descamisado", "humildes", "Evita", etc., no podían ser dejados de lado.

En tercer término, los derechos humanos no pueden olvidar los sociales, la democracia no es un sustituto de la justicia social. El hincapié de Menem en esta última se asienta en una realidad por todos sabida pero que la dirigencia política excluye de sus propuestas: la participación de los asalariados en el ingreso es la mitad que quince años atrás.

En cuarto lugar, diversas maneras de concebir la relación entre movimiento y partido, polémica ésta que se remonta a la creación del PURN en 1946 y que implica una discu-

Las corbatas son ajenas

Por Mario Wainfeld

Las sorpresas electorales motivan el facilismo de los analistas. La urgencia de explicar todo y un cierto triunfalismo promueven explicaciones lineales: todos aciertos de los vencedores; todos errores de los vencidos. La realidad suele ser más rica, contradictoria, propicia a ambigüedades, paradojas grises y claroscuros. Piénsese en la elección del 9 de julio. Es innegable que esa interna masiva y hasta alegre, *más honesta que la radical y menos nepotista y violenta que la de la UCeDé*, fue un triunfo de la democracia. También que su transparencia fue construida y garantizada por los perdedores y benefició a quien —desde un principio— más la reclamó (Menem) pero también a Triacas y Lorenzos que —cuando tuvieron poder y aparato— no se preocuparon mucho por la limpieza electoral.

Es cierto que ganaron los pobres, desheredados de la democracia; también que lo hicieron merced a ella y de la mano de algunos de sus enemigos: el C de O; los Montoneros; Julio Ramos.

Es cierto que la derrota castigó a los dirigentes de la política-espectáculo, más pendientes de la estética que de la ética y *creídos que el poder surge de las corbatas Ted Lapidus o de las moquettes. Aliada a ellos perdió su primera crítica, la curtida y golpeada militancia peronista* que se sintió mayoritariamente mejor expresada por el cafierismo que por el menemismo.

También es paradójico que —a despecho de sus críticas y su historia— esa militancia desde 1983 se conecta mucho más fácilmente con la dirigencia (a la que censura pero acompaña) que con las bases (a las que dice representar aunque las urnas prueben otra cosa).

Es cierto que Menem es y parece más telúrico que los doctorcitos renovadores. Es también verdad que los abogados Menem y Duhalde confiaron el manejo de su imagen a creativos porteños de primera, quienes no dudaron en imitar el manejo del foráneo Jimmy Swaggart.

Es cierto que Cafiero confió mucho en la "banda" que lo entornaba, sectaria, petulante y olvidada de las mejores tradiciones del peronismo. Pero esos sayos no le caben a Cafiero, acaso el dirigente peronista más respetuoso de la inteligencia, más atento a la disputa ideológica y más dispuesto al diálogo.

Es cierto que los humildes del peronismo —que usualmente eligen bien— gozaron con la victoria de Carlos Menem y la derrota de Antonio Cafiero. *No puedo dejar de pensar que sus intereses hubieran estado mejor custodiados y representados si ganaba ese dirigente de San Isidro al que arrasaron con sus votos.*

AHI VIENEN LOS FACHOS

Por Christian Buchrucker

Hace un par de meses le decía a un grupo de estudiantes norteamericanos que el estilo de nuestra vida política era más "cálido", más "emocional" que el de su país, cosa que además es coherente con las características generales de la cultura latinoamericana si se la compara con la anglosajona. La reciente interna peronista es uno de los tantos ejemplos que se podrían citar.

Del lado menemista vinieron acusaciones sobre "oscuros pactos" entre Cafiero y la "socialdemocracia", quedando involucrado en dicho rótulo el partido gobernante y centros como Nueva York, París y Frankfurt. Esto de denunciar pactos nunca documentados tiene una larga pero poco edificante trayectoria en nuestra historia.

Después aparece el tema de la ruptura del peronismo, la cual se suponía probable como consecuencia del despecho del derrotado en las urnas. Una decisión de este tipo sin duda habría colmado el anhelo más ferviente de conservadores y radicales. Pero hasta ahora no existen indicios de que Cafiero tenga la intención —y menos aún la capacidad— de hacerles tan precioso como inmerecido regalo.

Vayamos al flamante candidato presidencial. De él se oye decir que fuera de su carisma personal no tiene nada: ni ideas ni programa. De existir el mismo, según otros supercríticos, sería un temible proyecto corporativista. Y peor aún, "fascista". No faltan tampoco algunos trasnochados que reclaman una "verticalización" de todos los peronistas bajo Menem. Es curioso, pero en 1983 el reparo más frecuente que se hacía a la figura de Luder era que carecía de carisma, don que al menos en ese entonces se le reconoció al doctor Alfonsín. Ahora resulta que en Menem esto sería un defecto. ¿En qué quedamos? Se dirá: "Es que eso no es suficiente". Y ahí sí estamos totalmente de acuerdo. No lo es. La plataforma para las elecciones de 1989 es una tarea aún pendiente y quizá es mejor que surja así, por un proceso concertado después de la interna y no como un documento inapelable que el candidato trae preparado por su exclusivo círculo de asesores.

¿Y las ideas básicas? Están en el libro *Argentina: Ahora o Nunca*. Este no es el lugar para un análisis pormenorizado del mismo, pero desde ya se puede afirmar que las huellas de un supuesto fascismo brillan por su ausencia. Allí se habla de "democracia social", "revolución en democracia", "liberación" y "un nuevo pacto federal". Más allá de algunos matices diferenciadores no se advierten discrepancias de fondo con el mensaje doctrinario del cafierismo.

En cuanto al cuco del corporativismo, sería ingenuo pensar que no iba ser reflotado, incluso con una victoria de Cafiero. Desde hace más de una década, el neoconservadorismo, que representa a corporaciones oligopólicas ya establecidas y fuertes, se dedica a denunciar aisladamente la acción de otras organizaciones que —mal o bien— procuran defender los intereses de los asalariados. Las tensiones reales de nuestro tiempo no se dan entre el mítico "mercado libre y moderno" aparentemente enfrentado con el malévolo "estado corporativo", sino entre diversas agrupaciones intermedias de la sociedad, las que pugnan por controlar la producción y distribución del poder político, económico y cultural.

¿Qué deja en claro entonces esta interna del peronismo?: 1) Uno de los objetivos básicos de la renovación era darles transparencia a los títulos de legitimidad de los dirigentes. La elección del candidato presidencial por el voto directo, sin fraude ni violencia, es por eso un logro importante. 2) Más allá de estilos y preferencias personales, el triunfador representó mejor que su contrincante a una gran parte del país, que es una Argentina marginada, acosada y justamente exasperada, la cual engloba no sólo al Norte y Oeste tradicionales, sino también a numerosos sectores de la pampa húmeda. 3) Cierta polémica antisindical practicada por el cafierismo ya no tiene en 1988 el eco que tuvo en el pasado reciente. El hombre de la calle tiene otros problemas que no son las 62 Organizaciones ni Lorenzo Miguel sino los tarifazos, los bajos salarios, el desempleo, el estancamiento de las economías regionales, el peso de la deuda externa, etcétera.

¿Podrá el peronismo conducido por Menem presentar una propuesta convocante y a la vez realizable no sólo ante sus seguidores fieles sino también frente a otros sectores del electorado que no tienen lealtades partidarias permanentes y cuyo vuelco decidirá la elección presidencial? Todavía es prematuro lanzar conjeturas al respecto. Pero no cabe duda que desde setiembre del año pasado tiende a crecer la posibilidad de que el 1989 argentino muestre similitudes con el 1985 peruano, cuando la mayoría encumbró a Alan García porque el experimento de Belaúnde Terry —una resignada democracia política sobre la base de un ineficaz capitalismo dependiente— evidenció un costo humano intolerable. ¿Estará el peronismo a la altura de tal desafío? Cada día es menos posible eludir ese reto. Porque como ha dicho Atilio Borón no hace mucho: "Las frágiles democracias latinoamericanas sólo podrán sobrevivir si es que tienen la audacia y el valor suficientes como para promover un ambicioso programa de reforma social que modifique sustancialmente el funcionamiento del capitalismo periférico".

Frágiles carismas

Por Rodolfo Mattarollo

La democracia es también la aspiración a más democracia, por eso la vuelta al estado de derecho alentó procesos como la renovación dentro del peronismo, que ahora permite, por los bizarros caminos de la historia, que los que se le oponían —la patota sindical— renazcan otra vez de sus cenizas. Son irrisorios, claro, los temores socialdemócratas de quienes sienten que con el triunfo de Menem "vencen los bárbaros, los gauchos vencen" y se ven como Laprida, perseguido por las montoneras de Aldao, en ese texto escolar que fue en un tiempo un poema, por supuesto, de Borges.

Pero lo que parece evidente, dada la magnitud del desastre nacional, es la fragilidad de los carismas: la estrella de Alfonsín brilló con luz cada vez más tenue menos de cuatro años; la de Cafiero, apenas nueve meses. Ante la falta de soluciones, lo ilusorio adquiere una importancia decisiva para mantener la dominación de "los de arriba" y la hondura del fracaso puede medirse por el rápido desgaste de sus líderes.

El gran esfuerzo ideológico del alfonsinismo —ayudado por los "filósofos"— fue oscurecer los intereses concretos detrás de su política. Pero el Estado democrático siempre expresó no sólo intereses de clase, sino también las dificultades que encontraban: las resistencias de los oprimidos, y a veces sus victorias, como lo mostró el primer gobierno peronista, cuya incorporación de los derechos sociales es constitutiva de una larga marcha hacia la democracia plena.

Menem no planteó, más allá de la participación electoral, una lógica en el interés de las grandes mayorías, con esa aspiración hoy difundida en todas partes, al este y al oeste, hacia la participación real de la gente en la gestión de los asuntos, a través de formas de democracia directa y semidirecta, junto a las del gobierno de los representantes. En este sentido ser progresista hoy en la Argentina es no sólo preparar el gran día de la fiesta electoral, sino construir la democracia de la vida cotidiana, paulatinamente, desde abajo hacia arriba y en todos los sectores y prácticas sociales.

No para que por fin haya una izquierda en la Argentina y estas provincias definitivamente se modernicen, como quieren los "filósofos", sino porque si no se logra dar respuesta a las dramáticas necesidades colectivas, la crisis se seguirá profundizando hasta acabar con todo vestigio de democracia.



Alejandro Elías

LA LOGICA POPULAR

Por Ernesto Villanueva

Más allá de las perspectivas y de las preferencias personales, las causas que se esgrimen para explicar la victoria de Menem son bastante coincidentes.

En primer lugar puede entendérsela como un resurgimiento de la sociedad civil frente a una clase política reciente que tendía a constituirse excluyendo y despreciando demasiados elementos de la cultura política del peronismo. En esta perspectiva, Menem aparece como el menos político de los políticos (rallies, patillas, humildad, sencillez, etc.) y por ello gana.

En segundo lugar, modos divergentes de interpretar el 6 de setiembre. Cafiero entendió que fue un voto contra Alfonsín. Menem que lo fue a favor del peronismo. A través del primer análisis bastaba colocarse como partido del orden y la sensatez para obtener el triunfo; a través del segundo, había que explicitar nuevamente contenidos tradicionales, y los términos "descamisado", "humildes", "Evita", etc., no podían ser dejados de lado.

En tercer término, los derechos humanos no pueden olvidar los sociales, la democracia no es un sustituto de la justicia social. El hincapié de Menem en esta última se asienta en una realidad por todos sabida pero que la dirigencia política excluye de sus propuestas: la participación de los asalariados en el ingreso es la mitad que quince años atrás.

En cuarto lugar, diversas maneras de concebir la relación entre movimiento y partido, polémica ésta que se remonta a la creación del PURN en 1946 y que implica una discusión acerca de la función de los sindicatos y el papel de la clase obrera.

En quinto lugar, interior vs. porteños y también sectores sumergidos vs. capas medias. Y esto último es importante: el predominio ideológico de los sectores medios en la sociedad, tan firme en 1983, está desgajándose y eso se refleja también al interior del peronismo.

En sexto término, las características y las conductas personales de los candidatos. Menem ha sido probado como militante a través de una trayectoria que le reportó años de cárcel durante la última dictadura; como dirigente, siendo el primero que luchó por la democratización del partido, respetando las expectativas populares a favor de Alfonsín en 1983, haciendo frente a la patota cuando ésta se aglutinaba tras posiciones semigolpistas; como gobernante en su provincia: cada elección le trae más votos, el ejercicio del poder no lo desgasta, lo acrecienta, símbolo de una gestión acertada. A ello se suma que ha recorrido cada pueblo en su campaña electoral, puenteando así la relación política exclusivamente a través de los grandes medios.

Por último, Cafiero entendía que la renovación tenía todavía metas por cumplir. Menem, que ya había cubierto su destino y que luego de obtenida una dirigencia legítima a través del voto, la tarea era otra: dotar al peronismo de su propio perfil, netamente diferenciado de las huestes radicales. Y aquí cabe destacar que los sectores renovadores con sentido transformador quedaron encolumnados tras el predominio de los partidocráticos, lo que llevará a una discusión autocrítica profunda en el corto plazo.

Las corbatas son ajenas

Por Mario Wainfeld

Las sorpresas electorales motivan el facilismo de los analistas. La urgencia de explicar todo y un cierto triunfalismo promueven explicaciones lineales: todos aciertos de los vencedores; todos errores de los vencidos. La realidad suele ser más rica, contradictoria, propicia a ambigüedades, paradojas grises y claroscuros. Piénsese en la elección del 9 de julio. Es innegable que esa interna masiva y hasta alegre, *más honesta que la radical y menos nepotista y violenta que la de la UCeDé*, fue un triunfo de la democracia. También que su transparencia fue construida y garantizada por los perdedores y benefició a quien —desde un principio— más la reclamó (Menem) pero también a Triacas y Lorenzos que —cuando tuvieron poder y aparato— no se preocuparon mucho por la limpieza electoral.

Es cierto que ganaron los pobres, desheredados de la democracia; también que lo hicieron merced a ella y de la mano de algunos de sus enemigos: el C de O; los Montoneros; Julio Ramos.

Es cierto que la derrota castigó a los dirigentes de la política-espectáculo, más pendientes de la estética que de la ética y *creídos que el poder surge de las corbatas Ted Lapidus o de las moquettes. Añada a ellos perdió su primera crítica, la curtida y golpeada militancia peronista* que se sintió mayoritariamente mejor expresada por el cafierismo que por el menemismo.

También es paradójico que —a despecho de sus críticas y su historia— esa militancia desde 1983 se conecta mucho más fácilmente con la dirigencia (a la que censura pero acompaña) que con las bases (a las que dice representar aunque las urnas prueben otra cosa).

Es cierto que Menem es y parece más telúrico que los doctorcitos renovadores. Es también verdad que los abogados Menem y Duhalde confiaron el manejo de su imagen a creativos porteños de primera, quienes no dudaron en imitar el manejo del foráneo Jimmy Swaggart.

Es cierto que Cafiero confió mucho en la "banda" que lo entornaba, sectaria, petulante y olvidada de las mejores tradiciones del peronismo. Pero esos sayos no le caben a Cafiero, acaso el dirigente peronista más respetuoso de la inteligencia, más atento a la disputa ideológica y más dispuesto al diálogo.

Es cierto que los humildes del peronismo —que usualmente eligen bien— gozaron con la victoria de Carlos Menem y la derrota de Antonio Cafiero. *No puedo dejar de pensar que sus intereses hubieran estado mejor custodiados y representados si ganaba ese dirigente de San Isidro al que arrasaron con sus votos.*



Alejandro Elías

LAS PROBETAS DE LA MADRE MARIA

Entrevista a Martín Oyuela

Martín Oyuela, el publicista que asesora a Carlos Menem, habla por momentos como un psicoanalista. O por lo menos como un personaje de la película *Sur*. Menciona "lugares y discursos deseados"; dice "antes de nuestra campaña permanecía vacío el espacio que demarca el deseo de la gente". Pero viste como un ejecutivo moderno. Y cree en la profesionalización de la política.

"Los partidos son estructuras que para tomar decisiones deben conocer la realidad lo más científicamente posible —explica—. Pero en nuestro caso la técnica no puede estar separada de la ética de la comunicación. No puede ser que David Ratto, el publicista de Alfonsín en 1983 y 1985, haya sido el mismo que asesoró a Galtieri en 1982 y creó el slogan 'Los argentinos somos derechos y humanos'. Algo se filtra de la falta de respeto por la realidad y por la gente, de las famosas cien promesas del radicalismo en 1983. Una relectura verificaría que se pensaba más en su impacto electoral que en los efectos posteriores."

Si bien la campaña *Menem Presidente* empezó en la misma noche del 6 de setiembre de 1987, el riguroso trabajo de recolección de información se desarrolló entre diciembre y febrero. Grupos de especialistas recorrieron Capital Federal, el Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba capital y Córdoba interior provistos de tres técnicas diferentes. Armaron grupos de discusión motivacional que les sirvieron para investigar las angustias, las expectativas y los miedos de participantes discriminados por sexo, edad, sector social y voto emitido en setiembre de 1987. Suministraron encuestas en profundidad a líderes de opinión de grupos sociales primarios: empresarios, delegados gremiales, militantes políticos, padres de familia mayores de 45 años. Y salieron a la calle simulando ser periodistas y enfrentando a la gente con preguntas muy sencillas. "Es una técnica relativamente nueva que permite, por ejemplo, saber en un día cómo le cayó determinada noticia a la población", indica Oyuela.

Según el especialista, los resultados de la investigación fueron categóricos. Si Menem despertaba confianza, la imagen de Cafiero se debilitaba por recuerdo de criticados gobiernos anteriores y porque su mensaje era caracterizado como ambiguo. Cafiero no daba impresión de estar convencido, no era claro ni terminante en ningún aspecto. Por otra parte, el discurso hegemónico racional, modernizado, reflexivo, prometedor, estaba perdiendo credibilidad por la crisis económica y por el abuso lingüístico de los políticos. "Los discursos extrañados y profundamenta deseados por la gente eran los que caracterizaron históricamente al peronismo, la sensibilidad, el llamar a las cosas por su nombre. Carlos Menem conoce todas las provincias del país y sus problemas. Allí iba y le hablaba a la gente de sus problemas, no de generalidades", señala Oyuela.

"Después todo fue cuestión de profundizar esa relación entre la gente y Menem. Así surgió la idea de las caravanas y la de los ñoquis del 29 que, crisis mediante, ya son una institución entre la gente", agrega. Hubo otras ideas, como La Noche de los Dos Carlos (Menem iba a cantar un tango de Gardel) o Las Fogatas de San Juan, que quedaron frustradas pero que valieron para que los menemistas llamaran "grupo efemérides" al equipo publicitario de la campaña.

Oyuela desmiente que Menem haya intentado imitar a los pastores electrónicos.

Se envanece, además, con su trabajo. "Ganamos a pesar de que todos los medios jugaron para Cafiero que era el caballo del comisario. Los títulos, las fotos, intentaban crear un Menem disconforme, carente de proyectos, solitario, desordenado. Pero la gente hace su interpretación de lo que lee", explica para luego relativizar su influencia en el éxito de Menem: "Nosotros no maquillamos a nadie, ni tuvimos asesores de vestuario. El encanto de la figura de Menem venía de su espontaneidad. Lo único que aconsejamos era que en el afiche publicitario los candidatos salieran con traje oscuro para dar la imagen de solvencia presidencial".

"La relación entre el asesor y el candidato es sencilla —concluye—. El profesional tiene que estudiar la realidad, hacer un informe, aconsejar y argumentar a favor de sus consejos. No debe adueñarse del candidato. Este debe ser inteligente, creer, desconfiar, utilizar o desechar. Si nuestra influencia se exagera sucede lo del 6 de setiembre y lo del 9 de julio: pierde el candidato que queda ahogado en maquillaje."

Por Ernesto Tenembaun

El plazo de la euforia

Por Eduardo Aliverti

Una buena parte del gran empresariado juega a mostrarse preocupada por el populismo eventualmente impredecible de un señor que no pierde oportunidad de hacer el culto a la alianza de clases y a las corporaciones.

Una larga fila de tilingos juega a ver en el futuro una suerte de Fidel Castro de las pampas, encarnado por quien no tiene más pretensiones que posmodernizar a Facundo.

Otra nutrida fila prevé brotes antisemitas detrás de los bolsones nazionalistoides encolumnados con el señor, aunque no se espantan con radicales que dejaron en libertad a cuanto genocida hubo que prefirió siempre la carne judía en los campos de concentración.

Más cafieristas, más burguesía profesional e intelectual (izquierda incluida), más ámbitos variados de clase media, más etcéteras, el triunfo de Menem produjo un clima en el que se prenuncia la barbarie como horizonte próximo. En superficie se aduce que el motivo está explicitado por la patota sindical que rodea al riojano, junto con seineldines, firmeniches y abrazos stroessneristas. Rascando un poco —sin mella del comprensible temor por ángeles semejantes— reluce también un subconsciente miedoso frente al cabecita-power. Venga por el ingrediente racista de nuestro medio pelo, o bien por la ratificada incapacidad de tantos en entender y asimilar las mareas peronistas, está.

Ganó Menem y no hay ningún derecho a condenar a su masa votante bajo la acusación de sumergir al país en el túnel del tiempo. Sus alianzas, a más de antipáticas, son efectivamente temibles. Pero susceptibles de comparación. Si del lado ganador quedaron Triaca, Miguel, West Ocampo, en la otra mitad Guido Di Tella y Domingo Cavallo figuran como diputados expositores de planes económicos, nada menos. ¿Cuál es la diferencia entre el atraso vestido de patota y la dependencia disfrazada de largo, asistiendo a las funciones de Neustadt y Grondona?

Ganó Menem y, como ya señalaron algunos que pudieron correr el gorilismo a un costado, he ahí la expresión del fracaso, de la falta de credibilidad, de la desconfianza en una dirigencia —ño solo peronista— que hizo de la política un negocio de gerentes de la crisis.

Igualmente, quedó claro el agotamiento de cheques populares en blanco extendidos a sola firma. Vencido el plazo que el pueblo fije, no habrá patillas ni rally ni pasos de tango con Susana Giménez que valgan. Ni pronósticos de volver a ser el granero del mundo o de confiar en los grandes grupos de la oligarquía empresaria que ni siquiera Perón pudo poner bajo su autoridad, al haberlo intentado desde la gobernabilidad del sistema

Será mejor que la euforia menemista lo vaya recordando.



Alejandro Elías

POPULAR

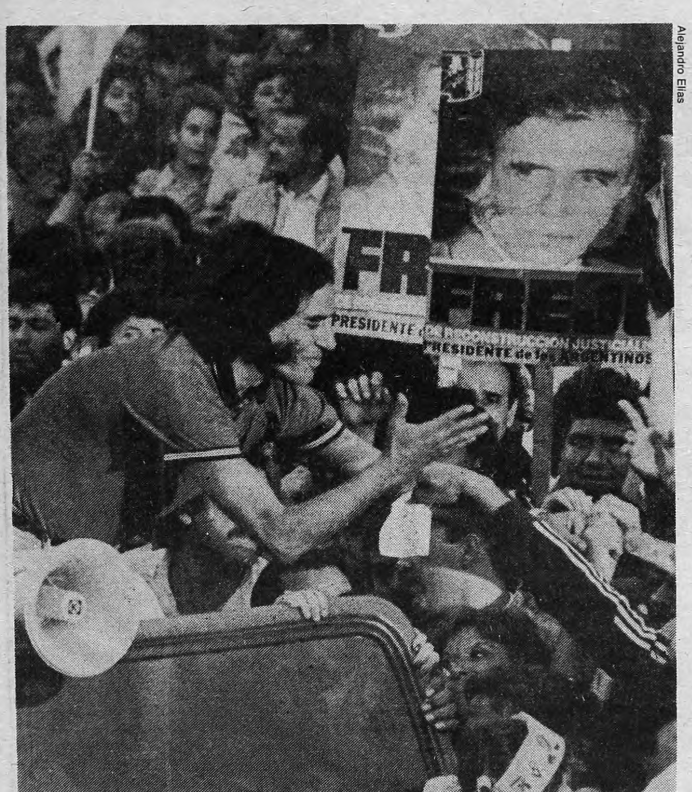
Villanueva

sión acerca de la función de los sindicatos y el papel de la clase obrera.

En quinto lugar, interior vs. porteños y también sectores sumergidos vs. capas medias. Y esto último es importante: el predominio ideológico de los sectores medios en la sociedad,tan firme en 1983,está desgajándose y eso se refleja también al interior del peronismo.

En sexto término, las características y las conductas personales de los candidatos. Menem ha sido probado como militante a través de una trayectoria que le reportó años de cárcel durante la última dictadura; como dirigente, siendo el primero que luchó por la democratización del partido, respetando las expectativas populares a favor de Alfonsín en 1983, haciendo frente a la patota cuando ésta se aglutinaba tras posiciones semigolpistas; como gobernante en su provincia: cada elección le trae más votos, el ejercicio del poder no lo desgasta, lo acrecienta, símbolo de una gestión acertada. A ello se suma que ha recorrido cada pueblo en su campaña electoral, puenteando así la relación política exclusivamente a través de los grandes medios.

Por último, Cafiero entendía que la renovación tenía todavía metas por cumplir. Menem,que ya había cubierto su destino y que luego de obtenida una dirigencia legítima a través del voto, la tarea era otra: dotar al peronismo de su propio perfil, netamente diferenciado de las huestes radicales. Y aquí cabe destacar que los sectores renovadores con sentido transformador quedaron encolumnados tras el predominio de los partidocráticos, lo que llevará a una discusión autocrítica profunda en el corto plazo.



Alejandro Elías

LAS PROBETAS DE LA MADRE MARIA

Entrevista a Martín Oyuela

Martín Oyuela, el publicista que asesora a Carlos Menem, habla por momentos como un psicoanalista. O por lo menos como un personaje de la película *Sur*. Menciona "lugares y discursos deseados"; dice "antes de nuestra campaña permanecía vacío el espacio que demarca el deseo de la gente". Pero viste como un ejecutivo moderno. Y cree en la profesionalización de la política.

"Los partidos son estructuras que para tomar decisiones deben conocer la realidad lo más científicamente posible —explica—. Pero en nuestro caso la técnica no puede estar separada de la ética de la comunicación. No puede ser que David Ratto, el publicista de Alfonsín en 1983 y 1985, haya sido el mismo que asesoró a Galtieri en 1982 y creó el slogan 'Los argentinos somos derechos y humanos'. Algo se filtra de la falta de respeto por la realidad y por la gente, de las famosas cien promesas del radicalismo en 1983. Una relectura verificaría que se pensaba más en su impacto electoral que en los efectos posteriores."

Si bien la campaña *Menem Presidente* empezó en la misma noche del 6 de setiembre de 1987, el riguroso trabajo de recolección de información se desarrolló entre diciembre y febrero. Grupos de especialistas recorrieron Capital Federal, el Gran Buenos Aires, Rosario, Córdoba capital y Córdoba interior provistos de tres técnicas diferentes. Armaron grupos de discusión motivacional que les sirvieron para investigar las angustias, las expectativas y los miedos de participantes discriminados por sexo, edad, sector social y voto emitido en setiembre de 1987. Suministraron encuestas en profundidad a líderes de opinión de grupos sociales primarios: empresarios, delegados gremiales, militantes políticos, padres de familia mayores de 45 años. Y salieron a la calle simulando ser periodistas y enfrentando a la gente con preguntas muy sencillas. "Es una técnica relativamente nueva que permite, por ejemplo, saber en un día cómo le cayó determinada noticia a la población", indica Oyuela.

Según el especialista, los resultados de la investigación fueron categóricos. Si Menem despertaba confianza, la imagen de Cafiero se debilitaba por recuerdo de criticados gobiernos anteriores y porque su mensaje era caracterizado como ambiguo. Cafiero no daba impresión de estar convencido, no era claro ni terminante en ningún aspecto. Por otra parte, el discurso hegemónico racional, modernizado, reflexivo, prometedor, estaba perdiendo credibilidad por la crisis económica y por el abuso lingüístico de los políticos. "Los discursos extrañados y profundamente deseados por la gente eran los que caracterizaron históricamente al peronismo, la sensibilidad, el llamar a las cosas por su nombre. Carlos Menem conoce todas las provincias del país y sus problemas. Allí iba y le hablaba a la gente de sus problemas,no de generalidades", señala Oyuela.

"Después todo fue cuestión de profundizar esa relación entre la gente y Menem. Así surgió la idea de las caravanas y de los ñoquis del 29 que, crisis mediante, ya son una institución entre la gente", agrega. Hubo otras ideas, como La Noche de los Dos Carlos (Menem iba a cantar un tango de Gardel) o Las Fogatas de San Juan, que quedaron frustradas pero que valieron para que los menemistas llamaran "grupo efemérides" al equipo publicitario de la campaña.

Oyuela desmiente que Menem haya intentado imitar a los pastores electrónicos.

Se envanece, además, con su trabajo. "Ganamos a pesar de que todos los medios jugaron para Cafiero que era el caballo del comisario. Los títulos, las fotos, intentaban crear un Menem disconforme, carente de proyectos, solitario, desordenado. Pero la gente hace su interpretación de lo que lee", explica para luego relativizar su influencia en el éxito de Menem: "Nosotros no maquillamos a nadie, ni tuvimos asesores de vestuario. El encanto de la figura de Menem venía de su espontaneidad. Lo único que aconsejamos era que en el afiche publicitario los candidatos salieran con traje oscuro para dar la imagen de solvencia presidencial".

"La relación entre el asesor y el candidato es sencilla —concluye—. El profesional tiene que estudiar la realidad, hacer un informe, aconsejar y argumentar a favor de sus consejos. No debe adueñarse del candidato. Este debe ser inteligente, creer, desconfiar, utilizar o desechar. Si nuestra influencia se exagera sucede lo del 6 de setiembre y lo del 9 de julio: pierde el candidato que queda ahogado en maquillaje."

Por Ernesto Tenembaun

El plazo de la euforia

Por Eduardo Aliverti

Una buena parte del gran empresariado juega a mostrarse preocupada por el populismo eventualmente impredecible de un señor que no pierde oportunidad de hacer el culto a la alianza de clases y a las corporaciones.

Una larga fila de tilingos juega a ver en el futuro una suerte de Fidel Castro de las pampas, encarnado por quien no tiene más pretensiones que posmodernizar a Facundo.

Otra nutrida fila prevé brotes antisemitas detrás de los bolsones nazionalistoides encolumnados con el señor, aunque no se espantan con radicales que dejaron en libertad a cuanto genocida hubo que prefirió siempre la carne judía en los campos de concentración.

Más cafieristas, más burguesía profesional e intelectual (izquierda incluida), más ámbitos variados de clase media, más etcéteras, el triunfo de Menem produjo un clima en el que se prenuncia la barbarie como horizonte próximo. En superficie se aduce que el motivo está explicitado por la patota sindical que rodea al riojano, junto con seineldines, firmeniches y abrazos stroessneristas. Rascando un poco —sin mella del comprensible temor por ángeles semejantes— reluce también un subconsciente miedoso frente al cabecita-power. Venga por el ingrediente racista de nuestro medio pelo, o bien por la ratificada incapacidad de tantos en entender y asimilar las mareas peronistas, está.

Ganó Menem y no hay ningún derecho a condenar a su masa votante bajo la acusación de sumergir al país en el túnel del tiempo. Sus alianzas, a más de antipáticas, son efectivamente temibles. Pero susceptibles de comparación. Si del lado ganador quedaron Triaca, Miguel, West Ocampo, en la otra mitad Guido Di Tella y Domingo Cavallo figuran como diputados expositores de planes económicos, nada menos. ¿Cuál es la diferencia entre el atraso vestido de patota y la dependencia disfrazada de largo, asistiendo a las funciones de Neustadt y Grondona?

Ganó Menem y,como ya señalaron algunos que pudieron correr el gorilismo a un costado, he ahí la expresión del fracaso, de la falta de credibilidad, de la desconfianza en una dirigencia —ño solo peronista— que hizo de la política un negocio de gerentes de la crisis.

Igualmente, quedó claro el agotamiento de cheques populares en blanco extendidos a sola firma. Vencido el plazo que el pueblo fije, no habrá patillas ni rally ni pasos de tango con Susana Giménez que valgan. Ni pronósticos de volver a ser el granero del mundo o de confiar en los grandes grupos de la oligarquía empresaria que ni siquiera Perón pudo poner bajo su autoridad, al haberlo intentado desde la gobernabilidad del sistema

Será mejor que la euforia menemista lo vaya recordando.

EL RETORNO DE LO CAPICUA

Por Carlos Abrevaya

(Si le molestan las aclaraciones puede empezar a leer esta nota después del próximo paréntesis. Entre paréntesis, quiero decirle que profeso por el peronismo y el radicalismo un cariño similar, porque con sus defectos han sido por momentos lo más cercano al respeto por la voluntad popular. Aunque no parezca, quisiera convencer al lector de que mi opinión no es más que eso: una humilde visión afectuosa de un débil periodista independiente que cree en la democracia como el sistema más propicio para respetar la dignidad humana. Dicho de otro modo, no quisiera acabar siendo un marginado por lo que voy a decir. Tampoco quiero integrarme a una unidad en la que no pueda decir nada. Vale aclarar, además, que me pidieron que hablara sobre este asunto. Y que yo accedí porque si exponer es exponerse y exponerse es peligroso, mucho más peligroso es aceptar que uno no existe. ¿Que parezco un miedoso? Sí. Acertó. Gracias al miedo he descubierto el coraje. Por eso también sé que, cualquiera sea su pensamiento, usted podrá decir igual que yo: "Mirá que hay que tener coraje para escribir esta nota..." Bueno. Valor.)

Parece que Menem ganó las últimas internas del justicialismo. Menem es capicúa. Lo capicúa implica una vuelta atrás, un retorno al pasado. Casualmente, un sector inmedido de la sociedad (peronistas incluidos) siente que Menem es una vuelta atrás del peronismo, movimiento tantos años ligado a la idea del retorno. Dicen además que Menem está acompañado por hombres de pasado autoritario. Se sospecha que lo han hecho ganar los sectores más primarios: mucha gente sin auto, sin aire acondicionado, un horror...

Menem, en suma, produce un reavivamiento del "gorilismo", ese prejuicio primitivo descalificador, esa otra forma de fanatismo que se parece tanto al fascismo que combate. ¿Sostener que el peronismo es fascista y a la vez decir que lo apoyan "los negros" no será levemente contradictorio, hitlercito mío?... Por otro lado, ¿hay agrupaciones políticas en la Argentina que no contengan dirigentes con pasado autoritario como para desconfiar? ¿Por qué temerle más al autoritarismo de la pesada gremial y no a los "amantes de la libertad" que apoyaron o consintieron dictaduras militares? Ciertamente, las mafias corporativas son lamentables. El autoritarismo general es lamentable y retrógrado. Pero mal que nos pese sería más sanamente realista admitir que todavía hoy se sigue negociando con distintas formas de autoritarismo, a expensas de un pueblo que aún se expresa poco y decide poco: pocas veces, sobre pocas cosas, poco claras, poco profundas. Mientras tanto, parece que Menem, Carlos Saúl, le ganó a Cafiero, Antonio Francisco. ¿Se puede afirmar qué idea le ganó a qué idea? ¿Qué proyecto escrito gustó más? ¿Qué plataforma superó a qué plataforma?... Acaso todo lo que se puede es estimar, suponer, armar rompecabezas, especular, desconfiar o confiar. Ideal para prejuiciosos. De paso, la revista *Gente* publica una foto del dormitorio de Menem presidido por la imagen de la Virgen de Luján. ¿Qué piensa el representante de Menem de la religión? ¿Qué pensará "El Turco" Menem de Seineldín? ¿Pueden ser sus ministros, como se rumoreó, Julio Ramos, Arnaldo Etchart o Susana Giménez? ¿Para cumplir con qué proyecto?... Dicen que Carlitos Menem es un buen tipo. Dicen que va a correr el rally. O no. Dicen que el menemista Juan Carlos Rousselot (que dicen que trabajó con López Rega) ha hecho una muy buena intendencia en Morón. ¿Y qué me dicen? No sé. Creo que no me dicen nada claro.

Mientras tanto, Menem se ha reunido con Cafiero durante 90 minutos (casi un partido de fútbol) y han acordado una comisión de enlace que viene a ser como una agrupación de intermediarios para negociar... ¿Recién ahora llegará el momento de las ideas y las plataformas? ¿No tendría que haber sido antes? ¿O habrá otra interna más? ¿Debo imaginar a dos He-Man diciendo "yo tengo el poder" y peleando espacios, puestos y representantes? ¿Adónde ha quedado y cuál ha sido finalmente la decisión del pueblo peronista? ¿No habrá en esto una historia que se repite? Una historia que se repite es ésta de ir del "exceso crítico violento" al "hacer como que no pasó nada". De un modo parecido se reiteran las unidades preelectorales que se cagan en lo ideológico por ir detrás de lo numérico, alias victoria. Y hasta hay quien ve a la sociedad como un mercado consumidor de líderes prefabricados. Convendría que el bastardeo se cortara en el basta; un basta suave, valiente, riesgoso y democrático. Mientras tanto, la CGT se equivoca y, desde una dirigencia que no fue elegida para eso, apoya a Menem, sin consultar. No es un ejemplo de democracia, como no lo sería que apoyara a Angeloz o a Alsogaray, así sin preguntar. En fin. Pero el problema no es equivocarse, es no tomar conciencia del error. Y a lo mejor es eso lo que no aparece o se confunde. Hablábamos de Menem "el temible" y yo sospecho que ese miedo está mal puesto. Para temer es, en todo caso, esta ignorancia bellamente ilustrada, esta engañosa sabiduría superficial que nos habla tanto y no nos dice nada, y esas estructuras del show del miedo que viven abusando de nosotros, con una sucesión de imágenes sin memoria, como una pesadilla de fantasmas y prejuicios y hechos caprichosos cuya coherencia se mantiene invisible. Don Carlos Menem es en todo caso la parte de afuera de un desconocimiento atemorizante que requiere más preguntas y más respuestas, igualito que otros buenos políticos argentinos. Les ruego a mis queridos argentinos peronistas que no me sientan un enemigo por esto. Hoy necesito (propongo que necesitemos) la amistad de todos los argentinos verdaderamente democráticos para que el gobierno del pueblo, el triunfo del proyecto dinámico de la sociedad y el respeto por la dignidad humana sean un sueño que no se contradiga al despertar. Buenos días.



Alejandro Elías

ARGENTINA NO QUEDA EN LOS DIARIOS

Por Silvia Mercado

Cafiero gana seguro. Pero el otro día, hablando con Jesús Rodríguez, coincidimos en que el alfonsinismo y la renovación hacen política y piensan a un país integrado por el 20 por ciento de la población. A los demás, no sólo no les interesa lo que hacen los políticos, en general los desprecian", dijo un publicista ligado al cafierismo

"Cafiero gana seguro. Sin embargo, no hay que despreciar el fenómeno Menem. Los afiliados peronistas comprendidos en la franja que va desde los que no tienen el primario completo hasta los que tienen incompleta la secundaria están con Menem. Pero no hay que preocuparse. Es difícil que vayan a votar", dijo un sociólogo ligado al radicalismo.

"Cafiero gana seguro. Pero los sectores de este país que el sistema económico fue marginando y pauperizando tienen con Menem su expresión política. Lo que no les dieron los sindicalistas —no sólo porque no están sindicalizados, sino porque los grandes gremios pactan con el sistema— se lo está dando Menem", dijo un periodista independiente.

"Cafiero gana seguro. Pero la verdad es que el descontento por la situación económica tiene que aparecer por algún lado. En tiempos de organización popular sucedían cosas como el Cordobazo, ahora que no hay organización la crisis social tiene en Menem una expresión", comentó otro periodista independiente.

Y Antonio Cafiero no ganó. Otra vez irrumpió lo imprevisible, como si los que se dedican a analizar la sociedad prefirieran la comodidad de lo conocido. Otra vez apareció la molesta realidad. Esa que se dice conocer porque se leen todos los diarios, que se percibe porque se manejan todas las encuestas, que se deduce de tantos libros leídos. Y otra vez aparecen los mismos analistas que denostaban a Carlos Menem por su entorno, a explicar por qué lo que antes era malo, ahora no lo es tanto.

Después de tres cachetadas de la realidad que "no pudieron leerse" (Alfonsín en 1983, Cafiero en 1987, Menem en 1988), la imprevisión se transformó finalmente en un dato político, y ahora todos pontifican: "En 1989 puede suceder cualquier cosa, los votos —quedó comprobado— no son de nadie".

¿Qué le pasa a esta sociedad que cuando la dejan votar, habla, dice cosas que no aparecen en los diarios, que casi nadie escucha? ¿Por qué los que "saben" no pueden prever? ¿Por dónde circula la información y la comunicación si no es por los medios masivos, que no hay propaganda política publicitaria que atraiga a las masas, ni discursos hegemónicos que valgan?

Dentro de los peronistas, el fenómeno del chubasco es más conocido. Un importante abogado ligado a José Luis Manzano le preguntó preocupado a un grupo de cafieristas pocos días antes de la interna:

—¿No será que nos está pasando lo mismo que en el '83, cuando la gente decía que votaría a Alfonsín, pero que ganaría el peronismo?"

—Vos tenés el síndrome Luder, loco. Dejáte de joder. A Menem lo aplastamos.

Con síndrome o sin él, cada elección deja enseñanzas importantes:

• Mientras a la gente la sigan dejando votar, va a hacerlo contra los que no le resuelvan sus penurias actuales y a favor de quien le prometa revertir su situación. La moratoria promovida por los renovadores es una idea que resultó tan lejana como la Reforma Constitucional o el traslado de la Capital Federal que pregonaban los radicales. El hambre no espera futuras negociaciones con el Fondo Monetario Internacional.

• La democracia como valor fundamental es un concepto que quedó relegado en el orden de prioridades del grueso de la sociedad argentina. Eso es lo que dijo la gente el 6 de setiembre, cuando no escuchó los pronósticos agoreros de los democráticos candidatos radicales que asustaban con las terribles consecuencias que acarrearía darle el triunfo al peronismo, y eso es lo que dijo el 9 de julio, cuando no escuchó a los democráticos renovadores que asustaban a los afiliados con las compañías de Menem.

Otro sector de la sociedad tiene miedo. Miedo de que haya golpe de Estado y de que reaparezcan las bandas armadas. No se los va a calmar aunque ahora se les diga por todos los diarios —éstos si los leen— que "Menem fue el primer renovador, y va a tener todo el poder para controlar incluso a los sectores más autoritarios".

Este país padece de esquizofrenia aguda. Bueno sería que en algún momento recuperara su identidad escindida.